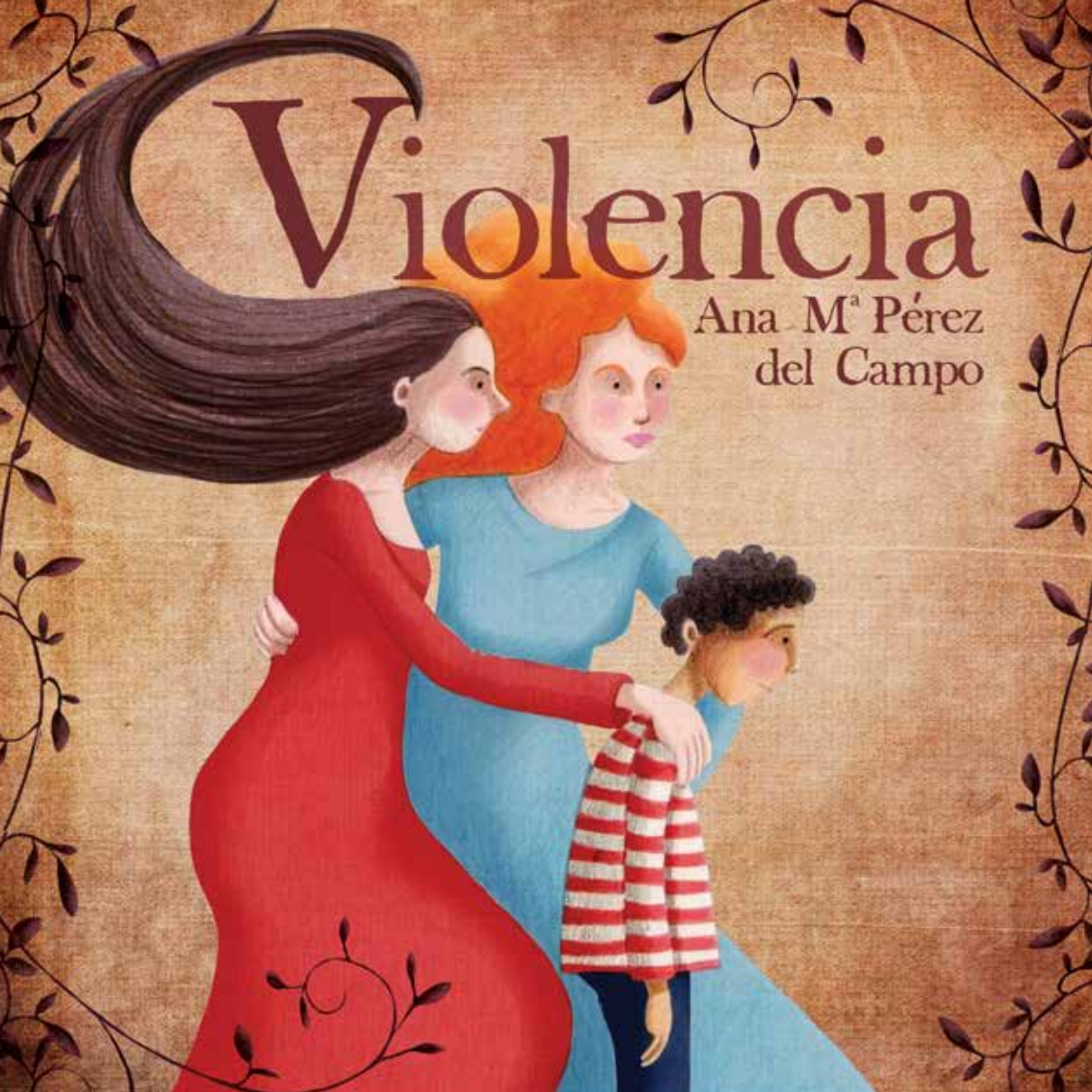
Violencia

Ana Mª Pérez del Campo



Palabras para Regalar es un Proyecto de la Concejalía de Igualdad
del Ayuntamiento de Fuenlabrada

Dirigido por Silvia Buabent, Concejala de Igualdad

Conversación con Ana Mª Pérez del Campo el 6 de noviembre de 2014

Idea original, diseño y realización:
Luz Martínez Ten
Rosa Escapa Garrachón
Mariel Bajo Hervás
Cristina Mochales Modroño

Con la colaboración de Lucía Muñoz García

Ilustraciones, diseño y maquetación:
Mónica Carretero

Palabras para regalar

Violencia de género

Ana María Pérez del Campo

Y, a pesar de las dificultades, hay que seguir luchando, siendo conscientes de que la violencia de género es una de las consecuencias más terribles del patriarcado, que confiere a las mujeres en un espacio de subordinación. Ser mujer libre y autónoma, hoy, sigue siendo un desafío para una estructura que nos niega el derecho a la igualdad.

El inicio de la Asociación de Mujeres Separadas y Divorciadas

En el año 1974, junto con Mabel Pérez Serrano, decidimos crear la *Asociación de Mujeres Separadas*. Una empresa difícil en un país secuestrado por una dictadura que impedía cualquier movimiento que supusiera una crítica al régimen. Por esta razón, había que buscar las "formas" para constituirnos dentro de los límites que nos permitía la legislación de aquel momento. Lo primero que hicimos fue preparar los estatutos y llevarlos a la Dirección General de Seguridad, pero, además, era necesario encontrar una presidenta que no levantara sospechas, porque lo normal es que la interrogaran sobre nuestros objetivos y pretensiones, cuando nuestro verdadero propósito era transformar, revolucionar la sociedad. Pensar y cuestionar lo que las mujeres vivíamos.

Entre las mujeres que acudían a los Cursillos de Cristiandad, encontramos a nuestra presidenta, Carmen García Castellón, con la que teníamos una gran distancia ideológica, pero que, sin embargo, nos ayudaría a representarnos frente a la policía y órganos de seguridad del Estado.

Los "Cursillos de Cristiandad" constituían un espacio donde las mujeres recibían "consuelo religioso", porque era lo que el régimen consideraba como adecuado para nosotras. Si tu marido te maltrataba, pues a contárselo al confesor, que te recomendaba aguantar en silencio, mientras te decía: "Te estás ganado el cielo", y si el marido se separaba (porque las mujeres no lo hacían), había que rezar por su alma descarriada. Esta era la política del régimen con respecto a las mujeres.

En un piso, sin medios ni ayudas, creamos dos asociaciones:
la Asociación de Mujeres Separadas Católicas y la Asociación de Mujeres Separadas (sin católicas), ya que teníamos la certeza de que finalmente podríamos disociarnos y seguir con una organización que respondiera a nuestra ideología feminista.

Protestar en tiempos de dictadura

En una dictadura como la franquista, donde casi todo estaba criminalizado, organizarse era significarse. Y, en nuestro caso, la sospecha era evidente. Nos las ingeniamos para reivindicar nuestros derechos a través de acciones de protesta que, incluso ahora, resultan sorprendentes. Por ejemplo, escribíamos nuestras reivindicaciones en panfletos que luego buzoneábamos en las casas. Para hacerlo, aprovechábamos los días que había fútbol porque era cuando los porteros escuchaban el partido. O asaltábamos los grandes almacenes, haciendo caceroladas. Para que no nos detuvieran, antes del asalto, nos guardábamos dos tapas lisas de cazuelas debajo del abrigo, íbamos en metro y al llegar a la plaza acordada, salíamos con las tapas, gritando nuestras propuestas. Ni qué decir tiene que nuestros asaltos eran inmediatamente disueltos por las fuerzas de seguridad.

Recuerdo un día en el que la policía fue a buscarme a casa. Estábamos en una reunión complicada que iba a durar tiempo, por lo que llamé a casa para saber cómo estaban los niños. Mi hijo pequeño me dijo al teléfono: "Mamá ha estado aquí la policía. Yo creo que es por los libros esos que tienes". En aquellos años, la censura hacía imposible acceder a la información o a libros que fueran críticos con la dictadura, por lo que viajaba a Francia para comprar libros del *Ruedo Ibérico*, y advertí a mis hijos de que era importante tener los libros escondidos. La policía también

había ido a casa de Mabel, por lo que estaba claro que la situación era complicada. Mi compañero, que era abogado, nos advirtió de que no volviéramos a casa, así que mis hijos se quedaron con mi madre y nos fuimos a dormir a la trastienda de una boutique. Tuvimos que pedir ayuda a Gregorio Peces-Barba y redactar un escrito a la Dirección General de Seguridad para evitar que nos detuvieran y nos sometieran a un interrogatorio que podía conllevar una paliza. Con el tiempo, averiguamos que la policía había hablado con la presidenta y que esta les informó que sospechaba de que fuéramos del Partido Comunista. Lo cierto es que colaboramos con el Movimiento Democrático de Mujeres, que sí pertenecía a este partido.

En 1975 la situación de los hogares era muy crítica, así que organizamos una propuesta que llamamos "boicot a la cesta de la compra". En una dictadura donde era prácticamente imposible protestar, había que intentar sacar a España de la situación de anestesia que producía la censura y la represión. Ya habíamos localizado a grupos de mujeres del Partido Socialista y Comunista, lo cual no era sencillo porque estaba prohibido, así que todas tenían nombres falsos para no ser detenidas.

Fueron tiempos en los que cualquier gesto de protesta podía ponerte en peligro. Recuerdo una protesta en la que una compañera del Partido

Comunista se comió un billete de mil pesetas. Había ido a ver a su marido en la cárcel, y este le había dado un papel. Cuando la policía atacó para disolvernos, ante el temor de que le requisaran el mensaje, se lo introdujo en la boca y se lo tragó. El problema es que, con los nervios, se equivocó con un billete que llevaba. Tuvimos que hacer una colecta, porque era el único dinero que tenía.

Son solo algunas de las situaciones que vivimos en un tiempo donde expresar tus ideas e intentar hacerlas realidad conllevaba un riesgo altísimo.

Responder a la violencia contra las mujeres

Actualmente, tenemos un marco legislativo que define y actúa ante las situaciones de violencia contra las mujeres, pero durante los cuarenta años del franquismo y aún en la primera etapa de la democracia, este era un asunto que concernía al ámbito de la vida privada sobre el que se guardaba un riguroso silencio. A las mujeres se nos educaba para ser buenas esposas y soportar el maltrato. Debíamos ser abnegadas, aparentar que éramos una pareja perfecta y evitar a toda costa cualquier intromisión exterior.

Aguantar, silenciar y aparentar eran tres reglas para ser una buena esposa y madre.

A pesar de los avances en igualdad, persiste la falsa creencia de que por amor hay que sacrificarse y aguantar. Las mujeres siguen sintiéndose culpables ante la violencia porque el maltratador les hace responsables de su ira. El sistema patriarcal en el que estamos inmersas, hace muy difícil que una mujer que sufre violencia pueda distanciarse de forma objetiva de su situación para tomar conciencia de que el maltrato existe por el hecho de que es mujer, y que la violencia no se debe tolerar ni disculpar. Sin la toma de conciencia, es muy difícil rebelarse e independizarse del agresor.

Fui consciente de lo que representa la violencia contra las mujeres en el momento de separarme y verme obligada a buscar refugio en casa de mis padres, tal y como lo hacía la mayoría de las mujeres, porque la Ley de Divorcio no se aprueba hasta 1981. La separación se consideraba un fracaso en la vida de una mujer, una mancha para la familia y una bajada de estatus. En mi casa me decían: "No puedes separarte porque el tenedor no se agarra por la púas". Esta era la creencia que compartía una gran parte de la población española. Las mujeres que nos separábamos éramos rebeldes de un sistema que tenía prefijada la ruta de nuestras vidas desde el nacimiento.

Por esta razón, cuando fundamos la *Asociación de Mujeres* Separadas, organizamos dos asesorías: una, centrada en la violencia machista, y otra, de tratamiento psicológico. Las mujeres acudían con el temor de haber hecho algo terrible solo por separarse. Venían ocultándose, con el miedo de ser descubiertas. "No me enviéis cartas a casa -nos decían- porque creen que soy viuda". Trabajábamos para devolverles la confianza. Para que se sintieran seguras de su decisión, se afianzaran en su autonomía y continuaran con sus vidas.

Era necesario conseguir la Ley de Divorcio, así que nos organizamos para movilizarnos, como posteriormente lo haríamos por la ley integral contra la violencia de género. Dos leyes que han sido posibles gracias a la lucha de las mujeres.

El tapiz de Penélope

Los años me reafirman en que, como feministas, tenemos que estar siempre alerta, porque incluso aquellos avances que creemos definitivos pueden retroceder o desaparecer. En estos momentos tan difíciles, no es solo la economía lo que está en crisis, sino también la ideología, que nuevamente amenaza los derechos de las mujeres, tal como podemos constatar en la situación de las mujeres respecto a los malos tratos, el empleo, la diferencia salarial, la participación, la pobreza…

La conquista de la igualdad es como el tapiz de Penélope, que tejemos y tejemos por el día y por la noche se deshace.

Y, a pesar de las dificultades, hay que seguir luchando, siendo conscientes de que la violencia de género es una de las consecuencias más terribles del patriarcado, que confina a las mujeres en un espacio de subordinación. Ser mujer libre y autónoma, hoy, sigue siendo un desafío para una estructura que nos niega el derecho a la igualdad. Una igualdad que no nos hace idénticas a los hombres, de la misma forma que no somos idénticas entre nosotras, porque, como afirma Celia Amorós, si somos idénticas, somos intercambiables, y cada mujer aspira a su propio universo. Una revolución que aún está pendiente, que necesita de la lucha organizada y constante, de un tejido asociativo con capacidad de intervenir desde la base para cambiar el sistema patriarcal.

Como parte de esta revolución, debemos luchar junto a las víctimas de violencia de género. Implicándonos en su proceso. A su lado. Escuchándolas para comprender su realidad. Acompañándolas, de forma que puedan sentir no solo nuestro apoyo, sino la responsabilidad de una sociedad que debe responder ante las agresiones y los asesinatos, de la misma forma que responde ante el terrorismo. Porque la violencia de género se traduce, año tras año y en todos los países del mundo, en asesinatos de mujeres.

La violencia de género es el crimen encubierto más extendido en el mundo. Afecta a mujeres de todas las clases, de todos los niveles culturales, de todas las sociedades, del Norte y del Sur…

Un centro para mujeres que han sufrido violencia de género

En 1991, después de conocer otros proyectos en Europa, organicé la primera casa de acogida para mujeres víctimas de violencia de género, con una perspectiva integral. Desde el principio, fui consciente de que no bastaba alejarlas del maltratador para conseguir su plena recuperación. Las mujeres que sufren violencia han sido socializadas en unos valores patriarcales que les enseñan a ser obedientes, a asumir que pueden ser discriminadas, humilladas y castigadas cuando no responden al rol que les ha sido asignado. Son muchas las mujeres que cuando se rebelan, se encuentran con el mensaje de una familia que les pide que aguanten… que sean comprensivas… Por eso, en muchos casos, las mujeres ocultan su situación ante los demás, como si ellas fueran las causantes y culpables de la situación. Incluso, tras la separación del maltratador, cuando no ha habido un proceso rehabilitador, pueden volver a establecer relaciones de maltrato con otros hombres. La cadena del maltrato no se rompe si no hay una toma de conciencia de sus derechos, así como un cambio profundo en el código de valores y en la forma en que afrontan las relaciones afectivas de pareja.

Salir de las situaciones de violencia de género no es fácil. Es necesario un trabajo arduo y complejo que requiere la atención de especialistas que trabajen en profundidad con cada una de las mujeres que requieren ayuda.

Por eso pensamos en un programa integral que se adaptara a cada una de las mujeres que han sido víctimas de la violencia

de género. Un programa estructurado a partir del estudio de cada situación, porque ninguna historia es igual a otra. Y si bien es cierto que todas pueden ser igual de maltratadas, independientemente de su condición social o económica, las que tienen más conocimientos y más medios económicos tienen más facilidad para salir de esa situación, aunque para padecer la violencia, tienen las mismas posibilidades.

Desde el centro, intentamos convertir en realidad la teoría y mejorarla. En este centro han estado mujeres con medios y sin medios. Mujeres con formación y sin formación. Mujeres españolas y extranjeras. Y todas han comprendido que ser víctima no es algo que debe avergonzarlas, porque el que debe sentir la vergüenza de sus actos es el verdugo. Recuperar la dignidad es un ejercicio de conciencia crítica que nos hace preguntarnos: ¿Por qué pasa esto? ¿Por qué ocurre en todas partes? ¿Por qué lo aguantamos? ¿Por qué nuestros hijos tienen porcentaje mayor de padecer violencia si los educamos en un sitio donde la mujer está soportando la violencia? ¿Por qué esta es una violencia de transmisión generacional?

Los conocimientos son enriquecidos sistemáticamente con el contacto con la realidad. Esto se lo digo siempre a los políticos, cuanto más se alejan del pueblo al que representan, menos lo representan.

Ahora estamos aguantando continuamente que se diga que el PP tiene mayoría absoluta, el PP tuvo mayoría absoluta, pero ahora no la tiene, además, la alcanzó con un programa que no ha cumplido.

La locura de la violencia

"Te puede matar o te puedes volver loca", es algo que siempre les digo, porque el maltratador tiene estas dos opciones: o matar o volver loca a la mujer. Como decía Carlos Castilla del Pino: "No hay enfermos esquizofrénicos, hay familias esquizofrenantes". De la misma forma, el maltratador puede producir trastornos muy serios, ya sea alimentarios, somáticos, de ansiedad o de sueño. En definitiva, secuelas físicas y psicológicas como consecuencia de la exposición directa a la violencia.

Lo terrorífico es pensar que la sociedad en su conjunto, de forma no consciente, contribuye a la transmisión de este modelo de violencia que se transfiere de generación en generación, no solamente porque el padre pegue a la madre, o la insulte o la desprecie, sino por los modelos parentales con los que convive ese niño o niña. En la relación de violencia, se conforman dos identidades: por una parte, la del maltratador y, por otra, la de la mujer, la víctima. Una víctima que ha aceptado la idea de amor-pasión que le dice que la felicidad se encuentra en tener una pareja. Han aprendido que hay que aguantar a toda costa con tal de no ser abandonadas. Es necesario romper este espejismo y hacer entender que el amor no es el todo, y que solo con una relación equitativa, se logrará una relación aceptable, amigable, incluso de apoyo para el transcurso de la vida.

Por eso, cuando las mujeres me decían: " Mire usted lo que me ha hecho, y le aseguro que soy sumisa, sumisa", yo les decía: "Por eso, es que usted tiene que dejar de ser sumisa, sumisa".

Transformar desde la conciencia crítica

El largo camino hacia la igualdad ha hecho posible que actualmente las mujeres accedamos a espacios y recursos que durante siglos nos fueron vetados. Mujeres en puestos de responsabilidad política, empresarial, jurídica… Todas, desde las distintas posiciones en las que nos encontramos, necesitamos hacer un trabajo de análisis y reflexión que nos permita distinguir cuáles son las relaciones de desigualdad de género que se establecen. Porque tanto la violencia como el reparto de poder o los roles son estructurales y se reproducen en todos los ámbitos. Sin esta revisión de los códigos, nos encontramos con el peligro de que sean las mismas mujeres las que los asuman con más dureza aún que sus compañeros, intentando no ser cuestionadas por el hecho de ser mujeres. Así, podemos encontrar, en el campo de la justicia, por ejemplo, mujeres mucho más incomprensibles, más radicales, más duras, más despreciativas que los hombres.

Para que las mujeres podamos contribuir a la transformación de las estructuras, tenemos que entrar cambiando, no imitando.

Lo que he aprendido de las mujeres.

Desde el principio comprendí que tenía que estar con ellas. A su lado. Escuchar sus historias. Comprender el significado de sus palabras. Percibir su dolor. Rebelarme con ellas.

Desde el cuestionamiento de un orden social que asumía la violencia como algo cotidiano, fui encontrando esa rebeldía que te hace enfrentarte a esas normas que parecen inamovibles. Pero no hay nada que no podamos cambiar cuando se trata de igualdad. Puede que sea complicado, puede que nos tengamos que enfrentar a las instituciones, a la opinión pública o las leyes, pero la fuerza de la igualdad nos da la valentía necesaria para no parar hasta que no haya más víctimas de violencia de género.

Este es un proyecto donde distintas amigas nos han ofrecido su experiencia, y con los hilos de las entrevistas hemos tejido el significado de las palabras que os regalamos.

Ayuntamiento de
FUENLABRADA
Concejalía de Igualdad